

Lorenzo y el secreto del arenal

Flor Sánchez Zúñiga

Ilustraciones: Kike Riesco

loqueleg

Ni bien se detuvo la camioneta, Lorenzo y Fermín bajaron de un salto y corrieron sobre las arenas ardientes de aquella playa escondida. A toda prisa fueron sacándose las camisetas, las zapatillas, las medias... Todo quedó regado sobre la arena mientras entraban al mar en medio de gritos, chapoteando y tirándose agua mutuamente.

—¡Ahhh...!

—Ja, ja, ja...

—¡Basta, locooo, yaaa!

Finalmente, se abandonaron al vaivén de las aguas. Esto era lo máximo. Después de tantas postergaciones, preparativos y varias horas de viaje hacia el sur de la capital, estaban en la playa.

—Mira, lo logré, floto de espaldas con los brazos abiertos —gritó Fermín.

—Ya, pero abre los ojos, pues... ja, ja, ja... Mira el cielo, cómo brilla, sin una nube... ¡qué bacán! —contestó Lorenzo.

—Tu voz suena bien chistosa. Anda, prueba, haz como yo. Con el agua cubriéndote las orejas y con los ojos cerrados, parece que estás en otro planeta... blub.

Todos los ruidos del mundo se habían detenido. Solo estaban ellos y el borboteo del mar en sus oídos. Más allá, las gaviotas retozaban con el viento.

—¡Ayyy! ¡Una malagua me ha quemado, una malagua gigante! ¡Ayyy! —gritó de pronto Lorenzo—. Corre, Fermín, ¡¡¡escapaaa!!!

—¡¿Dónde, Lorenzo, dónde?! ¡Ayyy! —chilló Fermín luchando contra el agua para salir más rápido.

—¡Ayyy, cómo quema! ¡Coorrreee, que te alcanza una malagua enorme! —clamó Lorenzo a todo pulmón.

—¡Aayyy! ¡Socorrooo! —volvió a gritar Fermín haciendo extraños movimientos para alcanzar la arena.

—¡Se acerca, correee! —urgió Lorenzo mientras Fermín corría al fin sobre la playa dando saltos desesperados.

—¡¿Dóndeee?! —volteó agitado y escudriñó las olas.

—Aquí, aquí mismo, directamente desde el fondo del océano, con ustedes, ¡la malagua gigante!, ja, ja, ja —dijo Lorenzo desternillándose de risa, con los brazos levantados como un fantasma.



—¡Pucha... tú te pasas, oye...!

—Ja, ja, ja, te la creíste, ja, ja, ja. Hubieras visto qué chistoso saltabas en el agua, ja, ja, ja, como un canguro marino, ja, ja, ja —dijo Lorenzo llorando de risa—. Vamos, hombre, no te molestes, estamos inaugurando el campamento, ja, ja, ja.

10 —Mmmm —gruñó Fermín y empezó a caminar hacia la camioneta.

Lorenzo lo vio alejarse. Luego, distraídamente, empezó a mover uno y otro pie sobre la arena húmeda. Levantó la vista y observó aquel mar que por momentos parecía encrespase, y un escalofrío lo sacudió.

Un feriado largo había hecho la magia del paseo conjunto de las dos familias. Y ahí estaban ahora los dos chicos, felices, corriendo a saltitos bajo el sol del mediodía mientras la arenilla les soasaba la planta de los pies.

11

—¡Vengan, chicos! —los llamó Valeria, la mamá de Fermín, mientras su esposo Sebastián abría paquetes—. Primero hay que armar las carpas antes que avance más el día.

—Cierto, nos demoramos muchísimo buscando la entrada a la playa. No sé cómo me extravié, otra vez pido disculpas —dijo Aníbal, el padre de Lorenzo, con una sonrisa avergonzada.

En medio de bromas, «miren, soy un piloto del Dakar», Aníbal había dado círculos sobre la arena con la camioneta, hasta que perdió la orientación y se extravió en medio del desierto. Aun así, había seguido jugando.

—Nos perdimos... nos perdimos... —había dicho al detener el auto.

—Ya, déjate de bromas, Aníbal, y avanza, que se hace tarde —había respondido su esposa Cati. Y el frustrado piloto del Dakar había sacado su brújula y enrumbado hacia el mar.

—Bueno, pero encontramos una playa distinta, escondida detrás de este cerro de arena y roca. Es preciosa —reconoció Cati mientras agitaba su sombrero para llamar a su hijo Lorenzo.

—Quizás mañana lleguen más campistas... —suspiró Aníbal—, por ahora somos dueños de esta playa desconocida y... brrrrr... solitaria. ¡Muchachos, vengan, hay que levantar las carpas y almorzar!... ¡Sobre todo almorzar!

Y el grupo trabajó entusiastamente hasta armar el campamento y dar cuenta del almuerzo que Cati y Valeria habían preparado. Luego, chicos y grandes jugaron fútbol y paleta, se dieron un buen chapuzón y, al caer el sol, se reunieron alrededor de una lámpara a devorar lo que quedaba del almuerzo. Finalmente, bajo los acordes de la guitarra de Aníbal, las dos parejas cantaron a toda voz. Más allá, sus hijos correteaban tras la pelota. Tenían casi la misma edad: Lorenzo, doce años, y Fermín, once, pero parecía menor aún.

De pronto, Lorenzo se detuvo.

—Mira, Fermín, mira hacia el mar, ¿ves las luces?

—¿Dónde?... Ah, no, ya no quiero ver nada, esta vez no me engañas.

—Allá, hombre, allá.

—No veo nada. Y ya párala, ¿no?

—Es cierto lo que digo. Mira, sigue mi brazo, ¿las ves? —insistió Lorenzo.

—Mmm, sí, ya... qué raro, ¿no? —respondió al fin su amigo.

—Seguro que son ovnis, parecía que venían del cielo y llegaban hasta el mar. Y ahí están, mira, luces en medio del mar. Vamos a mostrarles a todos lo que está pasando —dijo agitado Lorenzo y echó a correr hacia las carpas.

—Papá, todos, miren las luces en el mar... ¡seguro que son ovnis! —gritó.

—Calma, hijo, calma, deben de ser pescadores artesanales. Ellos salen en la noche a pescar para vender muy temprano sus productos en los mercados.

—Pero...

—Nada, hijo, son pescadores o alguna bolichera. Además, los ovnis, si los hubiera, se verían en el cielo, no sobre el agua, ¿no te parece? Bueno, creo que ya es tarde, hemos tenido un día largo, así es que hay que descansar.

En la carpa, Lorenzo continuó tratando de convencer a sus padres por un rato. En la otra tienda, Fermín tampoco logró persuadir a Valeria y a Sebastián sobre el origen extraterrestre de las luces avistadas. Así, en medio de la oscuridad, el pequeño campamento se llenó de protestas y murmullos hasta que poco a poco sus voces se fueron apagando, vencidas por el rumor del mar.

Lorenzo despertó transpirando. El sol abrasaba la carpa. No estaban sus padres y solo se escuchaba el incesante ruido de las olas.

Se paró de un salto, se vistió y abrió la puerta de lona de la tienda. Allí estaban Cati y Valeria tomando café. Miró hacia el mar. No había nadie más a la vista.

—¿Dónde están...?

—Tu papá y Sebastián fueron en la camioneta a buscar agua. No sabemos cómo pasó, pero los bidones de agua que trajimos estaban vacíos.

—Pero anoche estaban llenos...

—Sí, trajimos agua suficiente para cuatro días... y no hay ni una gota. Con las justas quedaba la del termo —dijo Valeria.

—Quizás los bidones tenían huecos...

—Quizás... pero en todo caso tu papá y Sebastián comprarán nuevos bidones. Bueno, son cosas que pasan, son parte de la aventura, ¿verdad? A tomar desayuno, chicos.